

Víctor Castro

Sonetos

I



OLIDO por tu nieve y por tu risa,
temblando entre la sangre y por pasiones,
buscaré este rumor de exhalaciones
que baja de tinieblas y de cenizas.

Si rozar no podré con esta brisa
la hierba que entreteje corazones,
otra luz, otra frente, otras visiones
desmayadas vendrán en mis caricias.

Y si el vano morir de mi existencia
en lágrimas un rostro no encontrara,
un recuerdo tan sólo dejaría,

allí, donde un suspiro de impaciencia
un labio apenas visto me dejara
ese roto milagro de ser mía.

II

Cristal, pálida brisa, algún acento.
buscando en esa flor melancolía.
Esa flor que no fué mi compañía
y esa flor de quebrantos y lamentos.

Sin embargo, un letargo, un sufrimiento,
derrumbó, tan sutil, mi valentía.
Y lograda en ausencias y en heridas,
a tus sienes me llevó el presentimiento.

Y ahora, en esta playa de presagios,
de moradas y de ojos contenidos,
se desea un olvido, sin tenerlo,

sin un pecho que duerma, acantilado,
desafiando, sin voz, lo no entendido,
el misterio encontrar, y deshacerlo.

III

Pequeño corazón, pequeña selva,
vocación de un amor indestructible,
olvido que en la flor no desespera,
alado es en tu pecho lo temible.

Reposan en tus manos increíbles
los desnudos silencios de la piedra,
y en tus labios la sangre inamovible
soledades y cuerpos desentierra.

Yo gustaba de tus pechos la tibieza,
de tu voz esa amarga arquitectura,
y de esa flor caída, hecha tristeza,

yo buscaba, celoso, tus gemidos,
tu pasión ya temida, tu ternura,
ese mar que en mis ojos no era mío.

IV

No sé si el verte traerá consuelo,
y el no verte, fugaz melancolía;
y el no sentir tus labios, pena mía,
y el querer perdonarte, algún desvelo.

Pertinaz, en tus ojos, un consuelo,
y una espina en tus labios a mi vida;
y un descanso en las venas cada día
que el amor me castiga con su duelo.

Y nieve cogería en un regreso,
ortigas en mi pecho sin costumbres,
cenizas en los labios que me quedan,

si lograra olvidar tan sólo un beso,
si llegara a mis ojos otra lumbre
que en un muro transparente salta y rueda.

V

Corazón perdurable, no depura
ese acento infeliz, esa insistencia,
ese fuego perdido, esa ternura,
ese triste cabello de la ausencia.

Melancólica flor de una inclemencia,
entre labios y muslos, quemadura,
bajo el agrio vaivén de tu impaciencia
persistía el vivir de su cintura.

Y no toques, ahora, en este duelo,
pavorosas resacas de otros días.
Que al sentir tu fragor sentí perderte

como un ruido de astros y desprecios,
como sangre que al buscar en otra vida,
de mi vida quisiera desprenderte.

VI

Ven, terrestre y tan súbita fatiga,
exasperando voces en olvido.
Corazones y pétalos caídos,
dejadme aquellas islas que mitigan.

Y después, derramada pedrería,
de celo acostumbrado y fugitivo.
Y tan potente pecho que al rocío
estampado en desprecios dejaría.

Y al sabor de ese fuego que no calla,
un convicto sollozo de mejillas
y unas manos, de sombra, codiciosas.

Y los ojos con frío de muralla,
allí donde crecieron las astillas
con la vieja costumbre de unas rosas.